

REDEFINIR LA SEGURIDAD NACIONAL EN EL HEMISFERIO OCCIDENTAL. EL PAPEL DEL MULTILATERALISMO

JOSEPH S. TULCHIN

AL FINAL DE LA GUERRA FRÍA, EN ESTADOS UNIDOS dio comienzo un intenso debate en torno a la definición de seguridad nacional. Académicos, analistas y políticos se propusieron dar un sentido claro a la forma en que la nación debía entender el nuevo orden de cosas en el sistema internacional. Tal comprensión era necesaria como punto de partida para una discusión razonable sobre cómo definir la seguridad nacional, así como para elegir el papel apropiado que debería desempeñar la nación en el mundo de la posguerra fría. Y esta discusión, a la vez, era necesaria para poder tomar decisiones fundamentadas respecto a la misión de las fuerzas armadas, su tamaño y los recursos que deberían destinarse a ellas, así como a la ejecución de sus tareas. En el contexto actual, más que nunca, es indispensable la discusión pública para lograr un enfoque responsable de los temas de seguridad nacional en Estados Unidos. Como demostraran las elecciones presidenciales de 1996, la carencia de una guía clara en lo que respecta a la política exterior estadounidense, y la falta de habilidad para establecer un amplio consenso popular en torno al papel que toca representar a la nación en los asuntos internacionales significó que los dos principales partidos sufrieran severas derrotas en debates elementales sobre comercio, inmigración y respecto a la responsabilidad en el liderazgo internacional. Esto dio lugar a una disputa por la presidencia que resultó más xenofóbica y más aislacionista de lo que hubiera querido la mayoría del electorado. En consecuencia, en su segundo periodo el presidente Clinton decidió hablar más sobre asuntos internacionales y dedicar más tiempo y energía a la política exterior. La elección de Madelaine Albright como secretaria de Estado fue una señal adicional de que su administración adoptaría una posición enérgica en lo que a asuntos internacionales se refiere.

Es un hecho que las naciones latinoamericanas tienen la misma necesidad que Estados Unidos de establecer un debate público sobre política

exterior y seguridad nacional. Si bien es verdad que la región latinoamericana ha estado relativamente libre de conflictos internacionales desde el final de la guerra fría, un cierto número de conflictos potenciales ha adquirido en estos momentos una relevancia mayor que en cualquier otro momento de la historia desde el inicio de la segunda guerra mundial, y de hecho, uno de ellos dio lugar a un enfrentamiento armado entre Perú y Ecuador en los primeros meses de 1995. De manera similar, es tanto o más importante que se aclare en América Latina el papel de los militares y ampliar el consenso respecto a las relaciones entre éstos y los civiles. Sería un error suponer que, dado que no existe una clara amenaza externa para la seguridad del hemisferio, no habrá tensión en las relaciones entre civiles, gobiernos democráticos y fuerzas armadas. En muchos países de la región, y por distintas razones, las fuerzas armadas se han inmiscuido en la sociedad civil de manera tal que han dificultado la consolidación de la democracia.

La situación no es lo suficientemente clara como para que podamos decidir con entera confianza si los militares deben o no asumir un papel en el mantenimiento del orden interno. Ciertamente, la posibilidad de que los militares desempeñen tal función provoca escalofríos en muchas personas. Apenas hace poco más de diez años, en varios países los militares eran el instrumento siempre obediente de regímenes autoritarios que hacían “desaparecer” a los disidentes. Pero también es cierto que uno de los problemas más difíciles que enfrentan las democracias frágiles es la seguridad de sus ciudadanos. Ha habido un alarmante incremento del crimen a lo largo de la región, particularmente en las barriadas donde habita la población más pobre. El narcotráfico contribuye en algo a este aumento; el avance de la pobreza y el desempleo contribuye otro tanto. Mientras que el cambio de regímenes autoritarios a gobiernos democráticos significa que ha habido una disminución dramática en el uso de los instrumentos coercitivos del Estado, en algunos países las fuerzas policíacas, o bien no están calificadas para llevar a cabo la tarea de vigilar el orden interno, o están tan plagadas de corrupción que realizan mal su labor. Para complicar aún más las cosas, mantener el orden público bajo la democracia requiere la cooperación y el funcionamiento eficiente de diversas instituciones, tales como el poder judicial, la policía y las procuradurías generales. La seguridad ciudadana es un asunto que prueba el temple de los gobiernos y, debido a que está relacionada con los derechos humanos, la corrupción del Estado, el papel de los militares y el orden público, forma parte de la agenda de seguridad del hemisferio. Actualmente la discusión pública sobre las políticas de seguridad es fundamental también en América Latina, donde, a diferencia de Estados Unidos, no existe la tradición de llevar a cabo este tipo de debates. Entre las instituciones de los gobiernos democráticos no hay un ejercicio tradicional

de responsabilidad pública en cuanto a la seguridad nacional, ni una supervisión ciudadana de las fuerzas armadas de la nación, ni tampoco un flujo regular de información sobre la misión de dichas fuerzas. En muchos países, la mera idea de discutir la seguridad nacional en público, en un debate libre y abierto, crea ansiedad e incredulidad. ¡Dejemos que comience el debate!

En términos hemisféricos, para todas las naciones del área la cuestión crítica en la redefinición de la seguridad nacional sigue siendo su relación con Estados Unidos. Sin embargo, este país ya no ejerce un predominio tan abrumador como para poder controlar la actividad internacional de la región. De hecho, ante la ausencia de una amenaza soviética —o de cualquier otra amenaza externa creíble—, Estados Unidos ya no está interesado en llevar sobre sus hombros la responsabilidad de controlar la política exterior de los países de la zona. Esto quiere decir que las naciones latinoamericanas son ahora mucho más autónomas en lo que a su actividad internacional se refiere. En el mundo de la posguerra fría esto significa su participación activa en la economía mundial y la posibilidad de asumir el papel de protagonistas en la comunidad internacional. Éste es el nuevo reto que se les presenta.

Una de las características del nuevo orden mundial es el reto que implica el mantenimiento de la paz. Dado el alcance mundial de Estados Unidos, es importante considerar el papel que pueden llegar a desempeñar las fuerzas militares latinoamericanas fuera de sus fronteras en los esfuerzos por mantener la paz, ya sea bajo los auspicios de las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos o de algún otro organismo internacional. De igual manera debe considerarse la posibilidad de que las fuerzas armadas lleguen a unirse a Estados Unidos, o a alguna otra nación latinoamericana, a fin de alcanzar objetivos y metas definidos de manera conjunta y explorar la utilidad de los esfuerzos multilaterales en la consecución de objetivos de seguridad nacional para los países del hemisferio.

Estoy convencido de que, más que en cualquier otro momento de la historia de las naciones del hemisferio, el multilateralismo representa el instrumento más adecuado para mejorar la seguridad nacional de los países del área, así como para reducir los conflictos y fortalecer los regímenes civiles, democráticos. Esto permitirá maximizar también el poder de negociación de que gozan las naciones latinoamericanas en su relación con Estados Unidos y, al mismo tiempo, aumentar su influencia en el sistema internacional. Mi tesis de que este momento es el adecuado para buscar un acercamiento multilateral a la solución de los conflictos y la seguridad nacional en el hemisferio está basada en tres premisas relacionadas entre sí: primero, hoy día Estados Unidos, más que en cualquier otro momento

de su historia, está dispuesto a aceptar enfoques multilaterales y a participar en el mantenimiento multilateral de la paz principalmente por razones de política interna, pero también debido a los cambios en las grietas de inestabilidad internacional y a su propia percepción de los límites de la hegemonía estadounidense; segundo, la nueva agenda de problemas de interés mundial es cada día más relevante y plantea situaciones que únicamente pueden tratarse con efectividad mediante enfoques multilaterales; y, tercero, las naciones de América Latina, en el actual ambiente internacional, no pueden defender en forma efectiva sus propios intereses nacionales mediante posturas aislacionistas o proteccionistas, ni dependiendo de sus relaciones bilaterales con Estados Unidos u otras grandes potencias. Esto es válido tanto para la llamada agenda de seguridad no tradicional —la cual incluye la definición de democracia, problemas tales como la corrupción o los derechos de propiedad intelectual, el combate al tráfico ilegal de drogas y la amenaza del terrorismo—, como para la problemática tradicional de la política de seguridad nacional, incluidas la compra de armas, tensiones fronterizas, disputas territoriales y otras cuestiones.

Durante el breve momento de euforia que siguió al fin de la guerra fría, circuló ampliamente la idea de que había desaparecido la amenaza de un conflicto mundial entre las grandes potencias, y que los futuros amagos a la paz internacional vendrían en forma de acciones terroristas o conflictos locales que se salieran de control. En términos ideológicos, pregonaba con entusiasmo un analista, era “el fin de la historia”. Dentro de Estados Unidos no hubo en ese momento, y sigue sin haber, un consenso sobre los mejores mecanismos para la resolución de los conflictos en el mundo. Se ha planteado una gran variedad de propuestas, tales como un equilibrio de poder, una distribución bipolar, la gestión de la ONU y otras. En 1990 la mayoría supuso que la ONU sería la policía del mundo, y que detrás de ella estaría Estados Unidos como principal fuerza de apoyo, dado que este país había ganado la guerra fría. Desde entonces, sin embargo, ha habido una gran desilusión en torno a la ONU como mecanismo para el mantenimiento de la paz, y las discusiones en el Congreso muestran una fuerte renuencia a permitir que las tropas estadounidenses actúen fuera del país o que sean comandadas por oficiales de otras naciones. El hecho de que un oficial estadounidense esté a cargo de las fuerzas de la OTAN ha hecho un poco más fácil para este organismo operar en escenarios tales como Bosnia, pero aun en esos casos, los aliados europeos que participan en la OTAN han tenido considerables dificultades para coordinar sus esfuerzos. Igualmente, la OEA se apresuró de manera entusiasta a establecer una posición de enérgica defensa de la democracia y los derechos humanos —más explícitamente en la Declaración de Santiago de diciembre de 1991—, y de rechazo a la

corrupción —como en la Convención de Caracas de diciembre de 1995. Al igual que lo sucedido con la ONU, cuando han surgido oportunidades específicas de cumplir el mandato de las declaraciones, la renuencia expresada en diversos grados por los miembros de la organización ha tenido como efecto la reducción de la OEA a la inacción o a vacilantes medidas tomadas por compromiso y que han tenido muy poco efecto.

Las preguntas siguen siendo éstas: ¿De qué manera se puede imponer un código de buen comportamiento internacional? ¿Cómo mantener la paz en el hemisferio? ¿Cuál es el marco adecuado para la solución de un conflicto? Desde la perspectiva estadounidense, tendríamos que poner en la balanza la renuencia a ceder autoridad a una agencia multilateral, la preocupación del país por los asuntos internos, la drástica disminución del apoyo público a aventuras en el extranjero y de los recursos que se destinan a actividades en el exterior, todo lo cual lleva a un deseo de evitar el liderazgo o las acciones unilaterales. Estados Unidos parece decidido a evitar convertirse en el policía del mundo, incluso en aquellos lugares donde hay conflictos violentos o guerras civiles que amenazan con expandirse e influir en el destino de muchas naciones, cercanas y lejanas. En el hemisferio occidental, donde no hay conflictos interestatales por el momento, Estados Unidos se muestra aún más renuente a ser mediador en la solución de disputas que todavía no han alcanzado un punto violento. Todo esto sugiere que a Estados Unidos le conviene o podría convenirle impulsar iniciativas multilaterales para apaciguar conflictos, incluso en estado latente, y apoyar los esfuerzos multilaterales para lidiar con asuntos transnacionales en los que no son posibles las soluciones unilaterales. Ése fue el caso de los tiroteos a lo largo de la frontera entre Ecuador y Perú.

En las discusiones sobre problemas transnacionales —o problemas globales, como se les llama con frecuencia— es donde las iniciativas multilaterales podrían tener más sentido y ofrecer un camino más o menos libre de complicadas retóricas nacionalistas o de posturas asociadas a una defensa tradicionalmente exagerada de la soberanía nacional.

Por definición, los problemas globales de la nueva era no pueden resolverse o manejarse unilateralmente. Asuntos tales como el medio ambiente, el tráfico de drogas, el terrorismo y la migración deben enfrentarse desde una perspectiva multilateral si se quiere tener alguna esperanza de éxito. Probablemente esto también sea válido para otros problemas delicados o que estén insertos de determinada manera en la política interna de Estados Unidos o de otras naciones. Por ejemplo, lidiar de manera efectiva con Haití es algo que Estados Unidos no puede hacer por sí solo; en tanto que la no proliferación de armas de destrucción masiva es un asunto que pueden manejar mejor grupos de países. Finalmente, la lucha contra el tráfico

de drogas pide a gritos un acercamiento multilateral, aunque sea sólo para contener las presiones por militarizarla. En efecto, como han demostrado los procesos de certificación, los países de la zona son llevados a posiciones humillantes cuando negocian de manera bilateral con Estados Unidos.

Pero aunque podamos aducir que la situación geopolítica de Estados Unidos hace que las iniciativas multilaterales sean ahora más atractivas para este país que en cualquier otro momento de este siglo, y aunque la nueva agenda de problemas mundiales no pueda manejarse de manera efectiva más que multilateralmente, esto no significa que la perspectiva latinoamericana sobre el multilateralismo en el hemisferio occidental será positiva. Existen varias consideraciones que nos impiden ser demasiado entusiastas en relación con el multilateralismo en la región.

La primera de ellas es que las naciones latinoamericanas están sosteniendo una controversia sobre sus propias políticas de seguridad nacional, paralela a la que tiene lugar en Estados Unidos, y si bien la falta de una solución al debate estadounidense ha ampliado la libertad de que gozan los latinoamericanos para conducir el suyo y definir su seguridad nacional particular, paradójicamente, en varios países del área esta situación le ha quitado el carácter de urgente a dicho debate. La segunda observación se refiere a que, al no existir ya el marco de la guerra fría, ha resurgido la percepción de amenazas tradicionales, lo que inhibe la disposición para operar dentro de un contexto multilateral. Tercero, las definiciones tradicionales de soberanía, diseñadas para proteger a los Estados débiles de la región de invasiones por parte de otros más fuertes, son factores que también inhiben la cooperación multilateral. Finalmente, la fragilidad de las instituciones democráticas hace más complicada tal colaboración. No existe entre los Estados la suficiente confianza mutua para crear un clima de interdependencia en cuanto a las distintas fuerzas internas de orden y justicia. Como consecuencia, muchos de los problemas que conforman la agenda de seguridad no tradicional se han militarizado, lo cual produce un gran nerviosismo en varios gobiernos de la región.

Sin embargo, hay indicios de que el multilateralismo se fortalecerá en los próximos años, y existen también muchos argumentos sólidos que apoyan la idea de que las naciones del área, por propia conveniencia, deben hacer todo lo posible por mejorar la efectividad de las organizaciones multilaterales para proteger su seguridad.¹

¹ Una breve revisión de las organizaciones multilaterales puede encontrarse en Thomas García, "Of the OAS Peacekeeping, and the Defense of Democracy", *The Journal of Latin American Affairs*, vol. 2, núm. 1, primavera de 1994.

En los últimos años hemos visto varios ejemplos de naciones que están dispuestas a comprometer su soberanía a fin de establecer y proteger la democracia. El caso de Nicaragua quizás ejemplifica más claramente que los demás las decisiones explícitas tomadas por actores políticos para hacer de la preservación de la democracia el bien más apreciado, en contraposición a la tradicional definición de soberanía. La disposición de El Salvador a aceptar una supervisión estricta de su proceso político es otra muestra de ello; y la voluntad del gobierno mexicano de permitir la presencia de observadores extranjeros en las elecciones presidenciales de 1994 es otra más.² Si bien hay quienes argumentan que en cada caso los gobiernos no han tenido otra opción, el hecho es que los actores políticos siempre pueden elegir no comprometerse. Más aún, debemos recordar que tanto los nicaragüenses como los salvadoreños accedieron a permitir la intervención externa para facilitar el proceso de paz, después de diez años de conflicto civil. Los guatemaltecos firmaron un acuerdo de paz luego de 40 años de luchas civiles.³

Políticamente menos delicada, aunque igualmente importante a largo plazo, resulta la mayor disposición que tienen ahora muchos países de la región a comprometer sus definiciones tradicionales de soberanía nacional, y así cumplir con los requisitos de la comunidad económica internacional. Las famosas condiciones de las instituciones financieras internacionales, vistas alguna vez como una escandalosa interferencia en sus asuntos internos, ahora están siendo utilizadas por las propias naciones latinoamericanas para introducir sus intereses de seguridad nacional en la agenda de la comunidad internacional. Incluso estos países han visto como un beneficio las presiones externas para que mantengan una disciplina fiscal, pues constituyen una manera de proteger a los gobiernos electos de las demandas populistas del electorado. Las naciones del hemisferio han aprendido a usar las agencias internacionales para alcanzar sus propios fines, cuando insisten en incluir una agenda social en el Banco Mundial y en el Banco Interamericano de Desarrollo. Es una forma de intercambio donde están aprendiendo a ceder en determinados asuntos para ganar en otros. La inserción exitosa en el sistema internacional requiere ciertos modos de comportamiento. ¿Cómo se comportarán las naciones latinoamericanas?, ¿cuál es el papel que desean representar?

Finalmente, a las naciones latinoamericanas les conviene promover una cooperación multilateral para lidiar con ciertos problemas transnacio-

² Véase Robert A. Pastor, *Whirlpool U.S. Foreign Policy toward Latin America and the Caribbean*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

³ Véase Cynthia Arnson, "Negotiating Peace: A Guatemala Conference Report", *The Latin American Program*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, junio de 1996.

nales, pues de no hacerlo así, tarde o temprano llevarían a Estados Unidos a efectuar acciones unilaterales para defender sus propios intereses nacionales. El ejemplo más claro de esto es el control del tráfico de drogas. A la larga Estados Unidos se sentirá obligado a tomar medidas enérgicas para controlar o limitar el narcotráfico. Después de años de intentar controlar unilateralmente el narcotráfico y luego de tratar de hacerlo mediante una cooperación bilateral impuesta de manera coercitiva, Estados Unidos se ha visto obligado a admitir que se ha llegado a un *impasse* en el que halcones y palomas luchan por defender cotos de poder dentro del gobierno. Este *impasse* no puede durar para siempre. Mientras dure, existe la oportunidad de que una o más naciones de la región planteen a Estados Unidos propuestas de acciones multilaterales para lidiar con el problema. La administración de Clinton repetidamente ha dado señales de que tales iniciativas serían vistas con buenos ojos, en tanto que el zar de la droga, el general Barry McCaffery, ha mostrado su interés por las iniciativas multilaterales.⁴ El obstáculo principal para la acción latinoamericana radica en que muchos piensan todavía que el problema no es de ellos, y todavía peor, que si bien reconocen la gravedad del mismo, algunos países temen que unirse a Estados Unidos en un acercamiento multilateral implique la militarización de las acciones. Aunque es importante recordar que a unos cuantos les gustaría militarizar la lucha contra las drogas, éste no es necesariamente el caso. Hay, de hecho, una oportunidad para América Latina de educar a Estados Unidos y asumir una iniciativa estratégica.

El peligro para América Latina está en el latente impulso wilsoniano que pervive detrás de la política exterior del gobierno estadounidense. La idea del destino manifiesto está fuertemente arraigada en su pensamiento. "Como pueblo, nosotros no podemos ayudar a otros a ser mejores, sin correr el riesgo de obligarlos a ser como nosotros". En términos geopolíticos, esto quiere decir que los gobiernos estadounidenses tienen el incontrolable impulso de exportar las formas de vida de su nación. Si bien la mayoría de los pueblos del mundo ve con entusiasmo el ejemplo de Estados Unidos en cuanto a la protección de los derechos humanos o el rechazo a la represión, es difícil trazar una línea divisoria entre el consejo amistoso y la imposición. En la era de la posguerra fría, Estados Unidos echará mano

⁴ Véase, por ejemplo, los discursos de Alexander F. Watson y Richard E. Feinberg, reeditados en *Dispatch*, vol. 5, núm. 3, 17 de enero de 1994, una publicación del Departamento de Estado de Estados Unidos; y la plática "Democracy and Security in the Western Hemisphere", impartida por Luigi Einaudi en el Centro Norte-Sur, el 18 de febrero de 1994. Este asunto se incluyó en la agenda del Defense Ministerials en Williamsburg, 24 a 26 de julio de 1995, ante la insistencia de Estados Unidos, y en Bariloche en 1996. Sobre la lucha antidrogas como un problema de seguridad en el hemisferio, véase *Peace and Security in the Americas*, "El narcotráfico y la seguridad hemisférica", en prensa.

de los fundamentos históricos de su política hemisférica: la estabilidad es necesaria; mantener abiertos los mercados para el país es esencial. Más allá de eso, los gobiernos estadounidenses variarán la prioridad que le asignen a la agenda política. También modificarán el grado de entusiasmo wilsoniano que le impriman a la exportación de instituciones y sistemas políticos. A menos que se presenten otras opciones, cuando tenga que tomar decisiones Estados Unidos elegirá el camino que siempre ha seguido para hacer las cosas.

La clave para la nueva era, la clave para el éxito de las relaciones multilaterales está en conferir y distribuir responsabilidades. V. P. Vaky y Heraldo Muñoz arguyen que establecer códigos para la resolución de conflictos no es más que una cuestión de prudencia que beneficiará a todos los Estados; que las organizaciones regionales tienen y tendrán cada vez mayor importancia; que existe actualmente un clima colegiado para las relaciones hemisféricas, así como un *momentum* para la reforma de la OEA; y, lo más importante, que la clave para que las iniciativas multilaterales tengan éxito es el debate en torno al papel de Estados Unidos en el mundo.⁵ Si bien muchos latinoamericanos tienen una visión ambivalente respecto de la eficacia de la OEA, precisamente por el predominio de Estados Unidos, también tienen curiosidad por explorar las posibilidades inherentes a la cooperación regional y subregional.⁶ La variación subregional de amenazas a la seguridad sugiere que los grupos subregionales *ad hoc* son la mejor manera de comenzar a explorar la eficacia del multilateralismo.

Es en el ámbito subregional donde la cooperación es más fácil. Es ahí donde las naciones deben afinar sus definiciones de seguridad y alcanzar la confianza mutua necesaria para la colaboración. Es también ahí donde las perspectivas históricas, culturales, económicas y de otro tipo, relativas a Estados Unidos, hacen que la colaboración sea menos conflictiva. Los microestados caribeños han mostrado la manera de asociarse para enfrentar amenazas comunes a la seguridad, especialmente el tráfico de drogas.⁷

Ésta es una oportunidad histórica para América Latina. Nunca antes los factores internos y externos habían sido tan favorables a la creación de un marco multilateral para la resolución de conflictos y la protección de los

⁵ Véase Viron P. Vaky y Heraldo Muñoz, *The Future of the Organization of American States*, Nueva York, Twentieth Century Fund, 1993.

⁶ Véase Celso L. N. Amorim y Renata Saint-Clair Pimentel, "A América Latina diante da regionalização e do multilateralismo", *Contexto Internacional*, vol. 15, núm. 2, julio-diciembre de 1993.

⁷ Véase Joseph S. Tulchin, "Caribbean Security in the 1990's", *Peace and Security in the Americas*, núm. 7, marzo de 1996, Joseph S. Tulchin y Ralph H. Espach, "Caribbean Security in the 1990's. The Threats and Opportunities of Global Transition", *Peace and Security in the Americas*, enero de 1997.

intereses de seguridad nacional de los países de la región, de forma tal que obligue a Estados Unidos a considerar los intereses de los otros miembros de la comunidad hemisférica. Mientras Estados Unidos se mantenga indeciso respecto a su papel en los asuntos internacionales, las naciones del hemisferio tienen la oportunidad de forjar una asociación que las ayude a definir su seguridad nacional y a proteger la individual en cuanto comunidad de países. Algunos la han llamado seguridad cooperativa;⁸ otros se refieren a ella como la nueva agenda mundial. Cualquiera que sea la etiqueta, éste es el momento oportuno para el multilateralismo. La iniciativa debe provenir de América Latina. Los países de la región tienen el destino en sus propias manos por primera vez desde su independencia. El reto para los latinoamericanos consiste en tomar la iniciativa para crear las condiciones que hagan posible el multilateralismo; para ello será necesario adoptar medidas que refuercen su confianza mutua, y que hagan más aceptable el multilateralismo para cada uno de los países del hemisferio. El nuevo sistema internacional provee las condiciones para que las naciones latinoamericanas tengan un papel activo. Pero, para ser protagonistas, deben asumir la responsabilidad de sus acciones y de su propio destino.⁹

⁸ Véase Herman Patiño Mayer, "La seguridad cooperativa en las Américas", *Peace and Security in the Americas*, núm. 4, julio de 1995.

⁹ Un estudio sobre el sistema de la posguerra fría y el papel de América Latina puede encontrarse en Joseph S. Tulchin y Ralph H. Espach, "Assessing the Post-Cold War Global System", en *Peace and Security in the Americas*, mayo de 1997.